

Lejanía y transformación: narradores peruanos en diálogo

*Hoy me despido de mi patria
Siempre salada y luminosa*

JORGE EDUARDO EIELSON

Antonio Tabucchi, en *Nocturno hindú*, refiriéndose al encuadre de una fotografía, advierte sobre el peligro de la operación: «La ampliación falsea el contexto, hay que ver las cosas desde lejos». Por esta amonestación, conciente de no poder evitar el riesgo inherente a la yuxtaposición, confiando, aunque no ciegamente, en el azar, me dispongo a explicar brevemente el contexto en el que nacieron las líneas que siguen.

La mayoría de las ideas expresadas por las autoras y los autores que se encontrarán citados son inéditas y fruto de un intercambio epistolar que llenó algunas jornadas pandémicas durante los años 2020 y 2021.¹ La yuxtaposición –de los nombres,

¹ Los contenidos expresados por Gabriela Wiener proceden de «Encarnar la escritura. Una conversación con Gabriela Wiener», de Ana María González Luna C., en *Altre Modernità*, Dossier Perú, No. 22, nov. 2019, pp. 128-136. La referencia «a las relaciones familiares» de Jennifer Thorndike se encuentra en *Quiero escribir con intensidad de videojuego*, en *El País*, 12 de diciembre de 2016, sección «En pocas palabras». Algunas citas de Carlos Yushimito proceden de su *Elogio de la miopía*, indicadas por el mismo autor en respuesta a las preguntas formuladas en el intercambio epistolar. La referencia de Claudia Ulloa se encuentra en la entrevista realizada por Gabriel Ruiz-Ortega y publicada en Proyecto Patrimonio-2006 (<http://www.lettras.mysite.com/gro161206.htm>).

así como de las ideas—, en realidad no es meramente casual y sigue el índice de un libro de relatos compilado para ser publicado en traducción italiana, una antología que reunirá las voces de una generación de autores nacidos en Perú entre los años setenta y los ochenta.

La operación realizada ha sido la de recortar el intercambio epistolar para luego recomponerlo en un rompecabezas que traicionara lo menos posible la principal virtud de antologar, es decir, su natural capacidad aglutinante. Así como los relatos, antes de ser llamados a formar parte de la antología, existen de forma autónoma y en otros mundos editoriales, los fragmentos de las conversaciones se imantan aquí tras haber nacido en otro contexto, el epistolar.

Además, Tabucchi, expresando la necesidad de ver las cosas «desde lejos», adelanta de cierta manera el tópico recurrente de las conversaciones con los autores: la migración. Es precisamente por ello que el epígrafe pertenece a un peruano migrante, al artista y poeta Jorge E. Eielson. Nacido en Lima y con José María Arguedas como maestro, en 1951 realizó su primer viaje a Italia; en los años setenta se trasladó a Milán junto con su pareja, el pintor Michele Mulas, y a partir de entonces pasó los veranos en Barisardo, Cerdeña, en una casa-taller.

El arte, evidentemente, es una operación que prospera en la migración.

Mapamundi: autores migrantes o hijos de migrantes

Una parte importante de las narradoras y los narradores peruanos reunidos por la antología en cartera reside fuera de Perú: Claudia Ulloa está en Bodø, Noruega; Jennifer Thorndike lleva diez años en los Estados Unidos, el mismo país don-

de residió durante once años Carlos Yushimito, quien ahora se encuentra en Chile; «He vivido en Alemania, ahora vivo en Buenos Aires», dice Katya Adai. Santiago Roncagliolo se ha ido moviendo de un lugar a otro para convertirse «en un extranjero en todas partes». Jack Martínez se mudó en 2011 a Hartford, en 2012 a Chicago, en 2017 a Nueva York y tiene previsto mudarse a Burlington, Vermont: «He perdido la cuenta de la cantidad de casas o departamentos que he habitado». Para Claudia Salazar Jiménez, que lleva dieciséis años viviendo en Nueva York, la condición de extranjera es una «decisión de vida» que le permite ver el Perú y los Estados Unidos con cierta distancia crítica, pero también «con un afecto particular que quizá llamaría *afecto traductor*, entendiendo la traducción como un puente no solo entre idiomas, sino entre culturas».

El movimiento migratorio ha llevado a algunos de ellos al viejo continente, donde, considera Roncagliolo, «se ha vuelto más difícil que antes ser un extranjero en una Europa cada día más tribal». Gabriela Wiener vive en Madrid; Paul Baudry en París, y también en Francia habita desde 1999 Nataly Villena: «Francia me dio muchas cosas, la primera de ellas fue el refugio del pensamiento». Gunter Silva reside en Londres y, aun con el impulso de encontrar su patria en todas partes, es conciente de escribir «para mi tribu, para mi país, que es el Perú».

La constante parece la de ser todos, con raras excepciones, autores migrantes o hijos de migrantes: «Todos hemos pasado temporadas largas fuera de nuestro país, o fuera de nuestras ciudades de origen, cosa menos frecuente en los escritores que nos preceden», confirma Villena. Ese pasado migratorio, según Gunter Silva, puede ser resultado de una coincidencia o «solo un signo de nuestros

tiempos». En tierra ajena, a menudo, esta generación de escritores migrantes teje redes. La situación ha favorecido un movimiento de escritores que colaboran a la vez que escriben sobre temas diferentes, explica Jennifer Thorndike: «En los Estados Unidos estamos asistiendo a un nuevo fenómeno, que ha sido llamado *New Latino Boom*».

Si consideramos, además, que las experiencias de migración –sean cortas o largas– también pueden ser leídas al revés y tener como consecuencia el movimiento de regreso a la patria, el círculo de las rutas batidas por esta generación de escritores se cierra, como es natural que suceda, con la inclusión del propio Perú: Juan Manuel Robles vivió en Bolivia durante siete años y en Nueva York durante dos y luego regresó. «Vivo en Lima», explica María José Caro, quien residió tres años en Madrid. Jack Martínez nació en La Oroya, una de las ciudades más contaminadas del mundo, entre las minas de los Andes centrales, a tres mil setecientos cincuenta metros a nivel del mar: «Mi primera experiencia migratoria la viví a los diez años, cuando mi madre decidió llevarnos a mí y a mi hermano a los bordes de Lima, la capital».

Además, no hay que olvidar que la preocupación del migrante puede estar también en los confines del hogar, informa Susanne Noltenius, que, aparte de un breve período en Centroamérica, siempre ha vivido en Lima: «Mi madre es peruana y mi padre es alemán. Soy producto de un choque cultural fuerte y toda mi vida he tenido la sensación de no saber a dónde pertenezco».

Cosmopolitismo: ser parte de la comunidad y a la vez del mundo

Perú tiene una larga historia de acogida de inmigrantes procedentes de países en situaciones difíciles –un ejemplo bastante reciente son los

venezolanos afectados por la dura crisis económica–, también porque sus habitantes han aprendido a su costa el significado de palabras como «exilio», «diáspora» y «migración». Los autores que mencionamos nacieron en los años setenta, y también en aquellos años ochenta que vieron cómo miles de personas huían del conflicto entre el Gobierno y Sendero Luminoso: una diáspora dentro del país, de las zonas rurales a la capital. Recuerda Jack Martínez: «A los márgenes de Lima llegaban migrantes de diferentes regiones del país, huyendo de la pobreza o del terrorismo, y cada uno de ellos traía sus propias palabras, sus acentos, sus formas de hablar, sus formas de vivir».

También en los años ochenta se construyó el primer tramo del muro que en Lima, sobre una misma colina, separa las lujosas casas de Las Casuarinas de las chozas de Pamplona Alta, en las que viven cien mil peruanos. El muro, que según las autoridades sirve para frenar el abusivismo –cuando los terrenos no son edificables, en Perú se dicen «intangibles»–, suscitó –evidentemente, solo de un lado del cerro– comprensibles reacciones adversas y una resistencia bajo la forma de murales y procesos participativos. Este muro de diez kilómetros de longitud lleva el nombre que merece: Muro de la Vergüenza. Sin embargo, la América Latina conoce sobre su piel el impacto de los muros y sigue llorando sus víctimas. Como afirma Adauí:

Hemos aprendido a convivir con fracturas estructurales y dolores muy antiguos, dictaduras, discriminación, violencia, genocidios, y ahora que no nos hacemos la guerra, que debería ser más fácil la vida, las desigualdades siguen abriendo brechas al parecer

insalvables. Pero no es la historia de Latinoamérica, sino la del mundo.

Sin dejar de reconocer también la bondad de los mercados y la buena fruta, Robles encuentra en la América Latina informalidad, pobreza, inseguridad, corrupción y crueldad impunes. Aunque a los escritores les toca generalmente el privilegio de no sufrir tanto estos males, considera que, «cuando hablamos unos con otros, surge inmediatamente ese humor negro, ese asalto a mano armada en el expediente, ese pasado de sicarios y paramilitares, esa conciencia de tierra bella e ingrata».

Perú es muchos países, y residir en él no es necesariamente una experiencia unitaria, fisura esta que no ahorra ni siquiera la cultura. Según explica Villena:

Soy cusqueña y, por ello, tengo una experiencia distinta del mundo andino a la que pueden tener muchos autores de la escena literaria actual. El Perú es un país muy centralista, con una suerte de desprecio por lo que sucede más allá de Lima, que se engloba bajo el término de «provincias», y que resulta en una mirada y una escritura que a veces le da la espalda a cualquier otra experiencia que no sea la urbana limeña. Esto termina por producir textos que a mucha gente le resultan ajenos.

Para Gunter Silva, el Perú «no es un espacio uniforme y acabado» y los narradores proceden de diferentes regiones, tienen diferentes visiones del mundo y proyectos diversos. Aduai concuerda en la necesidad de crear más espacios para la literatura de autores de provincias que no sean Lima y reconoce la composición de catálogos

más osados en las editoriales independientes. La aparición de estas, según Thorndike, dio a escritores bastante jóvenes la oportunidad de empezar a publicar sus textos. Esta perspectiva del sector editorial actual se suma a la clara voluntad de muchos autores de no contribuir al centralismo literario, como afirma Villena:

Me interesa conectar directamente el Cusco o los espacios rurales con otros espacios en el mundo, porque eso da cuenta del verdadero modo de vivir hoy, un cosmopolitismo (entendido como lo entiendo: un entenderse parte de su comunidad y a la vez del mundo y negociarlo cada quien a su manera).

Versatilidad: hilvanar la historia individual con la historia colectiva del Perú

Punto en común de los autores pertenecientes a esta generación, según María José Caro, es la definición que cada uno tiene de su proyecto de escritura: se reconoce el tema compartido de la globalización y de la violencia —«en algunos casos vista desde la violencia política, en otros desde lo cotidiano»— y, en muchos casos, los referentes populares. Según Salazar, los tópicos tratados son, en cambio, demasiado variados para poder trazar un cuadro generacional unívoco. La autora admite no tener temas tabús, puesto que su escritura trabaja aquellos «que me interesan y que me mueven el deseo». Por su parte, Villena reconoce: «Oscilamos entre la libertad que nos da el estar lejos de nuestra sociedad para observar y mantener nuestro espíritu crítico, y la dificultad para ocuparnos de ciertos temas, en particular relacionados con la familia, debido a la fuerza del tejido social que nos ata». La misma autora concluye: «Ese conflicto se

nota, pienso, en el modo de abordar temas como el amor, la vida familiar».

En opinión de Gunter Silva, la generación de los nacidos en los años setenta fue más influenciada por el boom latinoamericano y aborda grandes temas, como la migración, la violencia política, la dictadura, el racismo, la soledad y la memoria. La generación más joven, en cambio, «está abocada a tratar más la autoficción, generalmente problemas con los padres, los abuelos, los hijos». Durante una entrevista en 2016, Thorndike atribuye su interés por las relaciones familiares en cuanto constituyen un espacio para aquellas primeras experiencias que permiten entender el propio papel en el mundo y donde se aprende a obedecer a las estructuras de las que, se supone, no hay que moverse: «Me interesaba romper con la idealización de la familia y exponer las relaciones de abuso que existen dentro de ella». La principal característica de la generación, según la autora, es precisamente «la versatilidad, la diversidad de temas, el hecho de que ya no sea necesario escribir solo sobre un tema para poder ser publicado, poder contar nuevas historias». El valor reside en este amplio abanico de oferta literaria donde los lectores pueden elegir qué leer: «Los autores muestran voces diferentes, con muchas autoras que escriben sobre diversos temas y con diferentes estilos y formas de narración», concluye Thorndike.

Noltenius también reconoce en su generación la importancia de las plumas femeninas, que se manifiesta en notables cambios de perspectiva, entre los cuales se encuentra, precisamente, la puesta en tela de juicio del papel tradicional de las mujeres: «Algunas veces me han etiquetado como escritora “de mujeres” o “para mujeres”. No me molesta, yo escribo como lo que soy y

lo que he vivido». En ese sentido, según Aduai, punto en común para esta generación nacida en los años setenta y ochenta es también el hecho de haber crecido leyendo en la escuela casi exclusivamente a escritores: «Apenas entraban las escritoras. Bebimos de las mismas lecturas. En algunos casos, hubo rebeldía y comenzamos a leer más allá. Todavía hay una literatura escrita por hombres que no rompe con el padre». Según la autora, la mirada sobre la escritura que hacen las mujeres sigue siendo paternalista y las editoriales, así como la crítica del sector, son patriarcales: «Los encuentros de escritoras los organizan ellos». Aunque, según señala, lentamente algo está cambiando: «No se trata de competir, sino de compartir, abrir espacios. Hay sitio para todos».

En esta selección de autores hay también quienes manifiestan la voluntad de escribir solo sobre situaciones a las que se han enfrentado u observado en primera persona: «No siento autoridad para crear una historia en un ambiente rural. Tampoco me gusta contaminar mis historias con sesgos políticos o ideológicos –considera Noltenius–. Mi objetivo es construir un mundo interior verosímil para mis personajes, una historia que haga al lector pensar y sentir cosas nuevas». En términos generacionales, según Jack Martínez, es difícil establecer características comunes y lo que impacta es lo que se vive en la primera juventud:

Tenía diecisiete años cuando fui testigo del ataque de las Torres Gemelas (que cambió el mundo en términos globales) y de la caída de la dictadura de Fujimori (en términos nacionales). Creo que ambos eventos, de una u otra forma, marcaron mis futuros textos que

tienen que ver con la decadencia, el fracaso, las consecuencias del modelo neoliberal, la precariedad económica, la necesidad del amor.

La experiencia individual no puede prescindir de la colectiva, pero (re)conoce bien su lugar. La propuesta de Baudry «consiste en hilvanar la historia individual con la historia colectiva del Perú», sin excluir la global, a partir de «una autoficción con claros elementos autobiográficos que rescriben el pasado, lo fabulan, lo extienden hacia otros posibles. Me gusta pensar el pasado como una serie de mentiras sobre la que estamos de acuerdo». El autor no pretende restablecer una supuesta verdad histórica, sino que quiere «llegar a otra forma de verdad, tal vez poética, pero no por ello menos cierta, sobre lo que fuimos en un momento».

Lejanía y transformación: el pasajero permanente en que me he convertido

Toda experiencia migrante equivale a una experiencia de lenguaje en la que se conquista una nueva forma de leer —escribe Carlos Yushimito—, un poco como cuando en la visita al oftalmólogo se mira la tabla optométrica. En ese sentido, el lenguaje del migrante es muy similar a la mirada del miope:

A los pocos años de vivir en el extranjero, una de las primeras cosas que se percibe es el modo distinto con que se mira la realidad. Por ejemplo, yo antes creía que debía observarla e interpretarla, sacar lecciones de ella. Ahora supongo que la respeto menos, pues no tengo ya necesidad de darle una explicación a todo lo que pasa por delante de mis ojos.

El autor considera haber apreciado con el tiempo la claridad que proporciona la lejanía, la cual «permite el duelo de la patria ausente, porque la melancolía nacional genera muy malos libros». En la transformación que opera la distancia, la experiencia migrante no se mantiene igual a sí misma, sino que evoluciona: «Hoy, en suelo extranjero, duermo con mayor tranquilidad», considera el autor, que añade:

El contacto con otro paisaje, pasar por encima del idioma, ser esa especie de pasajero permanente en que me he convertido, me ha hecho ser más solitario e introspectivo, de manera que mi subconsciente ha terminado por permitirme ser más libre de lo que era cuando daba por hecho que mi comunidad, mi idioma y todos mis afectos eran lugares, por naturaleza, ganados o propios, y por lo tanto no merecían cuestionamiento alguno.

Considerar *tout cour* el binomio lejanía-transformación como desnacionalizador implicaría un determinismo improbable, pues, como explica Adauí, la distancia «es un adentro, no un país». Quizá por esa íntima condición, alejarse de la propia tierra logra establecer nuevas formas de ser a través de experiencias que no son solitarias, sino compartidas. «Escribir y leer es siempre con el otro», considera la autora. Y concluye: «Nos convertimos en resonancias, en afinidades que discrepan, en dudas». Es precisamente el hecho de estar lejos lo que permite vivir con libertad, entender mejor el propio país y las contradicciones que se viven a nivel histórico, social y familiar: «Estar lejos me permitió tomar partido y afirmar mi escritura», considera Villena. Sin embargo, la autora reputa a la experiencia mi-

gratoria la transformación más difícil y costosa jamás experimentada: «Me obligó a salir de juicios y certezas, a entender la complejidad del ser humano».

También la mirada de Gabriela Wiener sobre la migración tiene que ver con la transformación: «Migrar que no es volver a nacer, / es volver a nombrar lo que ya tenía nombre», afirma en uno de sus poemas. Durante una entrevista publicada en 2019, se detiene en un aspecto doloroso de la migración, como es la discriminación. Aunque aclare que en Perú ha sido discriminada a veces «con mucha más violencia», considera que en España, donde actualmente vive, los matices son diferentes:

[El racismo] que hay para la población migrante sudaca, por ejemplo, siempre impregnado de paternalismo, de insultos graciosos, medio cariñosos, que —no creo que exista microrracismo— encubre la misma violencia también, el infinito desprecio y, por supuesto, una muy mal trabajada relación de España con sus excolonias, un país que todavía celebra el 12 de octubre como una fiesta nacional.

Según la autora, migrar es «no solo cambiar el acento de tus afectos», implica una marginación que adopta diversas formas, como cuando te dicen «que te vayas a tu país porque les irritas, que un editor te corrija los textos y extirpe tus palabras, que de repente te digan que no hablas un buen español o que es incorrecto lo que dices solamente porque hablas diferente». Pero, frente a la discriminación, la escritura es una forma de resistencia, afirma Wiener, así como lo es la lengua incluso en su didáctica, afirma

Jennifer Thorndike: «Latinoamérica es hoy parte integral de mi identidad: soy latinoamericana, estudio y enseño Latinoamérica».

Madre es la lengua: el lenguaje del afecto y de la rabia que es el español

La experiencia migratoria cuestiona los usos de la primera y segunda lengua, de la propia y de la aprendida, y puede duplicar las experiencias de escritura, aunque no es matemático que la distancia ayude a escribir. «A veces pienso con el “hubiera”», admite Claudia Ulloa en una entrevista de hace unos años: «Si hubiera estado en Lima escribiendo, o en Valencia, donde leía mucho o en cualquiera otra parte hablando en castellano con gente que también escribiera y leyendo más en mi idioma, escribiría más y quizá hasta mejor». Es inmediatamente después que considera que, si no viviera en el extranjero —«totalmente aislada por el idioma que no es el mío»—, quizá no se aferraría a la escritura con tanta fuerza: «Aquí, en Noruega, me lleva a escribir, a veces, una sensación parecida al miedo, el miedo de olvidar y de perder mis palabras, que para mí son la única cosa que uno posee y lo único que nos queda. A veces uno llega a sentir que no hay nadie o nada ahí afuera, pero sí, siempre están las palabras dentro de nosotros».

En el planeta, el español —después del chino mandarín y antes de la lengua más hablada, el inglés— es la segunda lengua materna. Una realidad que no siempre gusta: «Hay que pelear todos los días porque se reconozca que el español es el segundo idioma más hablado en los Estados Unidos, que el grupo de los latinos sigue creciendo», considera Jennifer Thorndike. La autora explica que su propia elección es la escritura en la lengua materna y no escribir literatura en

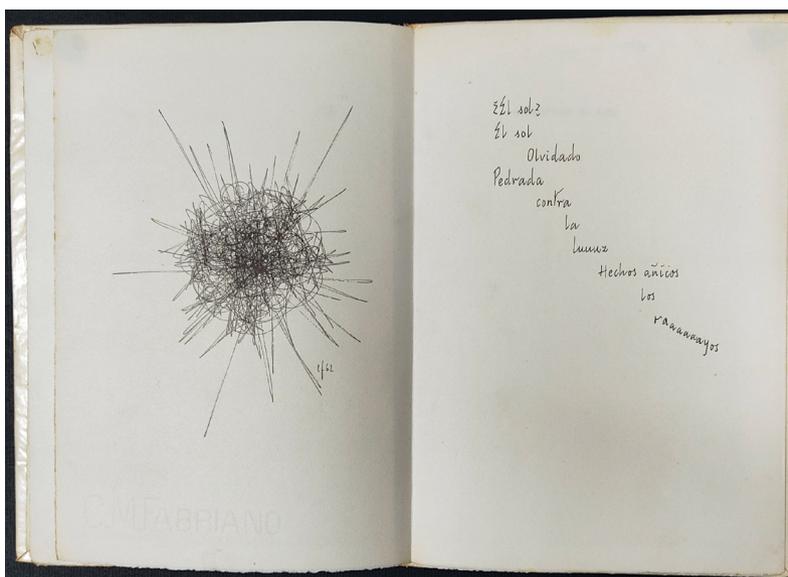
inglés: «Mis escritos creativos son en español, que para mí es el espacio de creación, de libertad, la lengua que más conozco y con la que empecé a escribir». Pensar en otro idioma ciertamente es maravilloso, considera Robles, pero «... el español es mi herramienta de trabajo, lo conozco bien, lo uso con todos sus matices. Pasar al inglés es como pintar con la paleta de colores reducida, es no tener palabras con la calibración exacta, la definición precisa. Es sentirse bruto, y no poder gritar que no lo eres».

Lejos de poderse mantener en compartimentos estancos, de las primeras y segundas lenguas emergen zonas naturales de infiltración. Nataly Villena, aunque considera sentirse cómoda y creativa solo con el español, reconoce que su expresión se ha vuelto más internacional y que está fuertemente alimentada por la lengua francesa: «Hay una musicalidad, figuras de estilo, un idiolecto propio que incorpora imágenes pen-

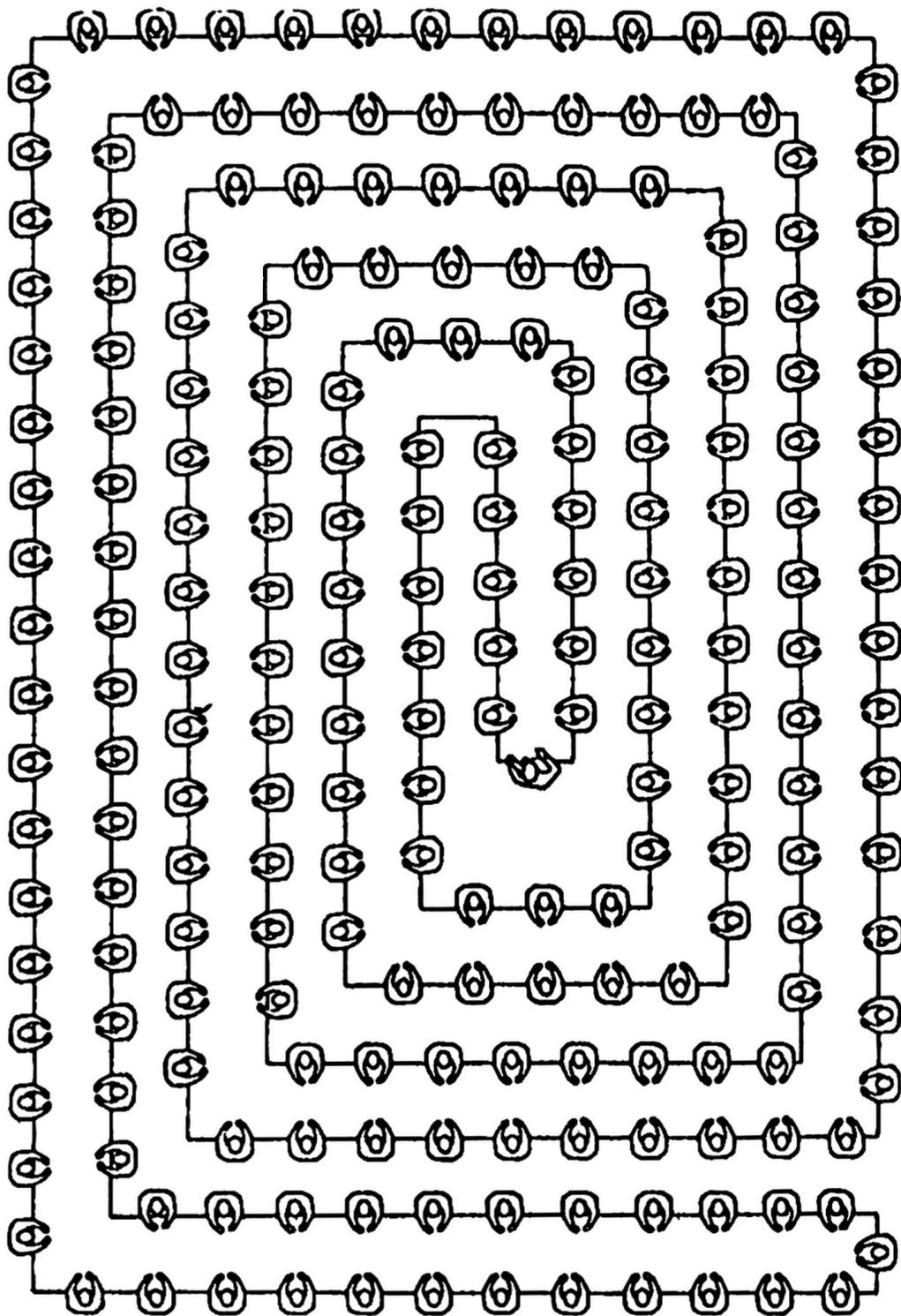
sadas en francés o modos de expresión propios del francés».

A pesar del contacto y la convivencia con otros idiomas, la lengua es madre cuando ofrece un cierto confort en la expresión de sí mismo: «Mi padre hablaba español e inglés (era profesor de inglés) y mi madre, español e italiano. Mi hermana y yo aprendimos alemán en el colegio», recuerda Adauí. «Cada uno tenía su idioma, pero nos unía el lenguaje del afecto y de la rabia que es el español», añade.

Estar expuesto al bilingüismo plantea importantes cuestiones de identidad, incluso cuando la experiencia migratoria se produce dentro del hogar, teniendo en cuenta las características de esta generación de escritores que, como se ha mencionado, si no son migrantes, son hijos de migrantes. Como Fernando Pessoa, bien lo dijo Juan Gelman, a quien el exilio llevó a muchos países: «Pero solo tengo una patria, la lengua». **C**



Escrito en el aire, 1964 (Selección). Dibujos a tinta de LEÓN FERRARI y poemas de RAFAEL ALBERTI impresos en papel Fabriano. P/A. Impreso en la Oficina de Artes Gráficas. Milano, Italia. 359 ejemplares, numerados del 1 al 300.



Dibujos del libro «Hombres», publicados en *Ocho Años en Brasil*. 1976-1984. Arte Nuevo, Buenos Aires, Argentina, 1984. Textos e imágenes realizados en fotocopiadora. Edición sin firmar ni numerar.